

MUNDI VII

Por: Lucas Remírez Eguía

—¡Hombre chaval!, la de tiempo que hace que no nos vemos.

—Y que lo digas, si no llega a ser por tu colega el dibujante de viñetas, la gente se olvida de mí — me dice un poco mosca.

Estamos a finales de agosto y hace un calor horroroso.

—¿Qué ha sido de tu vida durante este tiempo?

Me mira con aire de suficiencia a la vez que contesta:

—De veraneo en el pueblo, desde primeros de julio hasta hace unos días.

—Eso sí que es veranear, no lo que hacemos el resto de los mortales.

—Como que nos llevamos un baúl, lleno de ropa y de cacharros, que iba en la baca del autobús.

—¿Está muy lejos el pueblo?

—Bueno, a unos 70 o 100 kilómetros, lo que pasa es que paramos en un montón de pueblos y como está en la sierra, la carretera tiene muchas curvas y tardamos mucho tiempo en llegar. Unas cuatro horas. Ahora, te digo una cosa, prefiero ese viaje a los que hago en el tren cuando voy al colegio. Aquí bajas la ventanilla y entran moscas y algo de polvo, en el tren, carbonilla a tope que te pone perdido.

—Oye te veo muy moreno, más alto y más delgado.

—Es que me lo he pasado fenómeno, todo el día en la calle con los amigos del pueblo, me he bañado en el río, he estado en la eras con los trillos, me he caído un montón de veces y tengo las piernas llenas de rasponazos, he ido a por fresillas...

Cuando me dice lo de los rasponazos aprovecha para pasarse la mano por una postilla que lleva en la rodilla izquierda.

—Vale, vale —le corto— cuéntame poco a poco todas esas cosas que, por lo que veo, son muy interesantes.

Se me queda mirando mientras sopesa si debe hacerme caso, y al final decide que bien, que no es mala idea que me lo cuente despacio, cosa por cosa.

—A ver —me dice— ¿tú sabes lo que es la parva?

¡La de tiempo que hacía que no oía esa palabra! Desde que era un mocoso como el Mundi. No quiero desanimarle y me hago el ignorante.

—Pues la verdad —le digo— me suena pero ahora no caigo.

—Él se siente un ser superior y como haciéndome un favor me dice.

—Verás, a principio del verano siegan el trigo y la cebada y se hacen gavillas que llevamos en mulos a las eras.

—¿Llevamos?

—Hombre, claro, el segar con las hoces lo hacen los hombres mayores y atar la mies en las gavillas, también. Nosotros, los chavales, ayudamos a llevar los mulos del ronzal, cargados de gavillas a las eras. Luego extienden todas las gavillas por la era que, ya sabrás, tienen forma de círculo y viene lo mejor para nosotros, los chavales, porque nos sentamos encima del trillo, tirado por los mulos y estamos un rato dando vueltas encima de la mies. Luego se echa al aire con una especie de tenedores grandes de madera...

—Espera, espera, lo de echar al aire se llama aventar y esos tenedores grandes de madera son las horcas.

—Bueno —dice siguiendo con lo suyo— así se separa el grano de la paja y la paja la llevamos al pajar y los granos en unos serones al granero. Se me olvidaba que, al mediodía, se para a comer la comida que traen las mujeres en una cazuelas grandes de barro. Nos sentamos en el suelo, a la sombra de algún árbol cercano, y todos a comer de las cazuelas, con buenos trozos de pan de hogaza que empleamos para apoyar la tajada que hemos cogido de la cazuela con el tenedor o la cuchara.

—Oye se me está haciendo la boca agua sólo de oírte.

—No me extraña, porque no sabes lo bueno que está el trozo de pan con el juguillo que deja la salsa que lleva la tajada.

—Además el pan de hogaza es muy bueno.

—Y que lo digas. El pan cada familia tiene el suyo. Todos los viernes se amasa para toda la semana. Las familias van con el trigo que hace falta a la panadería y el panadero se encarga de molerlo y hacer las hogazas y bollos preñados, que llevan un trozo de chorizo dentro y tortas con azúcar y chinchorra.

—Joder, otro palabro que hacía años que no oía, chinchorra, esos trozos de sebo que se les echan a la masa antes de hornear las sobadas y que, junto con el azúcar, le dan ese sabor tan agradable.

—Luego mi madre y yo nos llevamos las hogazas y las tortas envueltas en paños y las guarda mi madre en una especie de baúl de madera. De ahí vamos comiendo toda la semana.

—Oye —le pregunto— ¿qué es eso de la fresilla?

Reconozco que con mi ignorancia él se debe estar creciendo y solícito se apresta a ilustrarme.

—La fresilla —dice como aquel que está dando una clase magistral a un alumno al que sólo le faltan las orejas de burro— es una fresa muy pequeñita que se cría en lo alto de la sierra. Unos cuantos mozos del pueblo, a últimos de julio o así, montados en mulos o caballos suben arribota del todo de la sierra por unos caminos muy estrechos. A mí me llevan, pues sus padres son amigos de mi madre. Suelo ir montado en un mulo que lleva el ronzal atado a la silla del caballo de delante que lleva un mozo. Salimos de madrugada porque tardamos en llegar más de dos horas y hay que cogerla antes de que el mosco asome, porque, como tardes un poco, vienes lleno de picotazos. Es fresa salvaje, está riquísima y es mucho más dulce que la fresa de huerta. Te advierto que dos horas de subida y dos de bajada, acabas con el culo molido.

—Luego te pegarás un buen baño

—Si, en el río, porque en las casa del pueblo no hay agua corriente. Muchos días nos vamos toda la pandilla a bañarnos al río que apenas cubre. Los chicos nos bañamos en una parte del río y en otra parte, que es donde el río hace curva y hay muchos juncos, se bañan

las chicas Aquí pasa un poco como en las piscinas de ciudad que también están divididas para chicos y chicas, pero con la diferencia que aquí las chicas se bañan en combinación. Así que hay días en que nos dedicamos a escondernos para espiarlas.

Cuando llega a este punto me parece apreciar cierto brillo malicioso en sus ojos.

—Pues que nos lo pasamos muy bien —me dice, ahora riendo abiertamente y apostilla— tú ya me entiendes.

—A propósito —aprovecho— ¿cómo vas de novias?

—Dos —me dice escueto.

—A ver, explica qué es eso de dos.

—Pues es bien sencillo, dos: la Juani y la Perli, dos hermanas.

—Estás hecho una fiera, a pares. ¿Y cuántos años tienen?

—Pues como yo doce, son gemelas, aunque últimamente andábamos mal.

—¿Y eso?

—Pues porque una tarde, a la hora de la siesta, se me ocurrió subir trepando por las ventanas con rejas, de la planta baja de su casa, hasta el balcón que tienen en el primer piso, que es donde está el dormitorio de las dos. La cosa iba bien hasta que, justo cuando me iba a agarrar al balcón, apareció una de ellas, no me digas cuál porque nunca las distingo, empezó a dar gritos y la otra salió con una orinal lleno de meaos y me lo echaron por encima.

No veas la que me armó mi madre cuando aparecí por casa. Oye, que todavía me duele el culo de los zapatillazos que me arreó.

No sé si por asociación de ideas, se sigue hurgando en la postilla de la rodilla.

—A propósito —le digo— ¿en el pueblo tenéis váter?

—¡Qué dices, hombre! ¿No te he dicho que no hay agua corriente en las casa?

—Es verdad, perdona, no me acordaba.

—Hacemos nuestras necesidades en el corral de la casa, rodeados de gallinas y conejos.

Sonríe aunque me da la sensación cómo si estuviera con la mente en otro sitio.

—¿Te pasa algo? —le digo.

—Joer, me pasa que me queda una semana para volver al colegio y me estoy acordando de lo bien que me lo he pasado y lo mal que lo voy a pasar.

—Bueno, tampoco será para tanto —trato de animarle— tú ya eres todo un veteranazo y en peores garitas has hecho guardia.

—Déjate, déjate, el colegio es el colegio, la vida que voy a llevar no se parece en nada a la que he llevado y los libros del cole no tienen nada que ver con los tebeos y novelas que me he empujado estas vacaciones.

Tampoco sé que decirle así que como consuelo le insinúo:

—Ya me pasaré por allí un par de veces para que me cuentes cómo te va y verás cómo lo superas y qué pronto llegan las vacaciones de Navidad.

Lo que tenía que pasar pasó y mientras me escuchaba, ha terminado por arrancarse la postilla. La mira, la tira y me dice:

—Otro recuerdo de cómo me lo he pasado que desaparece. Nos vemos en Madrid.

Y se va, probablemente tratando de hacer acopio de más vivencias para recordar en sus ratos dedicados a la pensada y así superar su nueva etapa colegial.